

El día que el mundo se apague

Alba Burnaby



Capítulo 1

EL DÍA QUE EL MUNDO SE APAGUE

Suena el despertador, toca afrontar otro día más. Mi vida es básicamente escuela, estudiar y entrenar. No es que me aburra lo que hago, sino que es muy monótono. Desde pequeña no he tenido ningún cambio en mi vida, pero ahora siento la necesidad de tenerlo. Las ganas de vivir algo distinto me llaman y me atraen. Muy bonito todo lo que pienso, pero tengo que despertar y pensar en lo que me toca hacer a día de hoy, no me debo preocupar porqué el cambio llegará. Paso el día como tenía previsto, sin ninguna alteración. Ahora ya estoy dentro de la cama, puedo descansar y olvidarme de todo hasta mañana, un nuevo, pero igual día.

No suena el despertador, me levanto de un salto y le doy al interruptor de la luz, no se enciende. Levanto la persiana y con la claridad del día puedo comprobar que el reloj se ha parado. ¡Ostras! Seguro que llego tarde al *cole*. Corro por casa en busca de mis padres, ¿qué les pasa? ¿es que también se han dormido? Les despierto a gritos, mi padre abre la persiana y nos dice que nos hemos quedado sin luz. Le pregunto atropelladamente qué hora es y me dice que el reloj no funciona. No, esto no puede ser verdad. Me recorro la casa entera y compruebo que ninguno de los relojes funciona, ¡qué locura! Esto debe de ser un sueño porque no es normal. La electricidad en toda la casa no funciona. De repente se me ocurre coger el móvil y mirar la hora en él, así de paso envío algunos *whatsapps* a mis amigos para comunicarles que llego tarde. Presiono el botón de encendido pero no se abre, madre mía, esto es una pesadilla. Mis padres ya están del todo despiertos, se dirigen hacia mí con cara de preocupación y me comunican que no hay agua. Es decir, no hay ni luz ni agua. ¿Qué narices está sucediendo? Salimos a la calle. Casi todos los vecinos están fuera de sus casas, asustados y con cara de no entender nada. No podemos llamar a la policía, ni a los bomberos, a nadie. La mejor opción que se nos ocurre es ir a la plaza del Ayuntamiento y allí que nos expliquen el porqué de la situación.

Llegamos al centro de la ciudad. Más gente ha pensado lo mismo que nosotros y en la plaza me reencuentro con amigos y gente conocida. Nos abrazamos todos formando una piña, sin saber muy bien por qué, pero nos sentimos mejor unidos. Al cabo de un rato el alcalde sale al balcón y nos comunica una noticia que nos deja helados.

Según un estudio de la NASA, entre ayer y hoy el Sol ha padecido una tormenta solar, que ha hecho que unas nubes con partículas energéticas hayan dañado nuestros satélites y todos los componentes electrónicos. A partir de ahora no habrá electricidad, ni bombas que impulsen el agua potable, ni transportes que necesiten combustible, ni gas natural, ni calefacción, ni centrales nucleares que produzcan energía, ni vías de

suministro de alimentos. Es decir, que hoy retrocedemos hasta la Edad de Piedra.

De un día para otro nos hemos quedado sin nada. Hemos perdido lo que durante siglos hemos estado construyendo. En este momento estamos desolados. Yo no lloro, mi mente sigue procesando la información que acabo de recibir. ¿Esto significa el fin del mundo? ¿Vamos a sobrevivir ante esto? ¿No voy a tener el futuro con el que sueño desde pequeña? ¿Y ahora, qué hacemos? Las preguntas me vienen a la mente sin parar, no dejo de pensar en ellas, pero por más que intento contestarlas, más borrosa veo la respuesta. Ahora sí que estoy llorando. Mi madre me abraza muy fuerte mientras intenta secarse las lágrimas que no dejan de correr. El alcalde vuelve a hablar, esta vez es para una propuesta, y dice así: "Organizaos por grupos de un mínimo de veinte personas, recopilar todos los alimentos y bebidas que podáis y buscad un hogar donde resguardaos. Nos dividiremos en diferentes grupos, así podremos cooperar para salir adelante". Dicho esto, el alcalde nos atribuye una función a cada grupo. En el mío hay familiares, amigos y conocidos nuestros. Nuestra tarea de ahora en adelante será cultivar y cuidar los campos para extraer alimentos, seremos los encargados de alimentar a toda una población. Yo quería un cambio en mi vida y aquí mismo lo tengo. De un día a día invariable voy a pasar a una vida llena de cambios y situaciones nunca antes experimentadas. La parte más dura va a ser sobrevivir sin la tecnología, no tan solo por los aparatos de ocio y distracción, sino también por los electrodomésticos que tenemos en casa y que nos hacían la rutina más fácil. Una de las cosas que más vamos a echar de menos es la investigación, todo lo que sean medicamentos y descubrimientos se ha acabado, y cuando suframos alguna enfermedad será difícil sobrellevarla. Pero nosotros, una sociedad luchadora, vamos a sobrevivir a esto y a mejorar lo que hemos llegado a crear.

Nuestro grupo, que es del sector alimenticio, ha sabido organizarse bastante bien. Primero de todo buscamos un lugar donde alojarnos, decidimos ir hacia la costa pensando en un invierno cálido pero también cerca de campos para plantar la cosecha y tener un ganado. Nos apropiamos de varias viviendas grandes con jardín y de terrenos próximos, nos repartimos las tareas de limpiar, lavar la ropa, cosechar, cuidar de la granja e ir de compras. Esto último es referente a medicamentos, ropa y zapatos. Para movilizarnos utilizamos bicicletas, ya que los coches no funcionan. Cerca de donde vivimos hay un centro comercial donde podemos encontrar un supermercado y distintas tiendas. Nuestro día a día ahora se basa en plantar verduras y frutas, ordeñar vacas y embasar lo que los animales producen. A veces se me hace cansado y pienso en los viejos tiempos en los que tenía una vida sin cambios. Por suerte tengo conmigo a unos cuantos amigos, pero muchas veces echo de menos a los demás, que se encargan de otras funciones. Una de las mujeres de nuestro grupo es profesora, y nos da clases después de la jornada de trabajo. Y aunque hayamos sufrido una

devastación en toda la tierra la escuela todavía nos persigue. Pero es bueno seguir estudiando, cada día hacemos cuatro horas de clase para que no se nos olvide nada y para seguir aprendiendo. Hemos aprendido a vivir sin la tecnología pero aún nos cuesta adaptarnos, echo de menos a mucha gente con la cual con un aparato electrónico podía comunicarme pero que ahora ya es inútil y no puedo hacer nada.

El día que el mundo dejó de funcionar, el alcalde nos propuso tres meses de prueba sobre los distintos grupos, para ver cómo lo llevábamos y si todo iba bien seguiríamos a delante. Bien, pues el tiempo ha acabado, hoy toca reunirse en la plaza. Cuando todos nos hemos vuelto a ver, hemos experimentado un reencuentro precioso, muchos besos, abrazos, lloros, chillidos y más abrazos. Hace tan solo tres meses de nuestra separación pero a todos nos ha parecido una eternidad. Volver a ver a mis otros amigos ha podido conmigo y no he podido reprimir mis lágrimas. Algunos están más deteriorados que otros y me da muchísima pena verles así. El alcalde felicita a los ciudadanos por su esfuerzo y nos anima a seguir así. Concluye el discurso estableciendo un día de reunión de aquí a seis meses.

Estos últimos seis meses han sido más difíciles de superar, hemos tenido algunas bajas a causa del frío y la tristeza. Había días que nos rendíamos y no queríamos seguir luchando, por suerte siempre había alguien que nos animaba a continuar. Hemos perdido a personas por las causas antes mencionadas y muchos han desaparecido dejando una nota de despedida. Realmente esto está siendo muy duro. Esta vez, al volver a la plaza he notado cómo ha disminuido considerablemente el número de ciudadanos y eso me ha apenado aún más. Pero lo que de verdad me ha afectado ha sido no ver a mi amiga Laura, me han dicho que sufrió una pulmonía y murió. No puedo creerlo, ella, mi gran luchadora, había muerto. Mi padre se me acerca y con tono suave, pero que me duele, me dice que hay que seguir luchando, que no podemos caer, que lo que le ha sucedido a Laura no me puede pasar a mí ni a nadie más. Sus palabras son duras pero sé que tiene razón. Las palabras del alcalde son iguales que las de la otra vez, nos anima a continuar y no desfallecer. Noto al alcalde más mayor y delgado, esto nos esta pasando factura a todos. Convoca una reunión de aquí a un año.

Ha sido el año más difícil de mi vida. He pasado frío, calor, hambre, sed, sueño,... de todo. En invierno pasé una bronquitis tan fuerte que ninguno me veía capaz de sobrevivir, pero para su sorpresa me recuperé y continué luchando. Cuando no estudiaba, trabajaba y apenas he tenido tiempo de distraerme. Hace ya unos meses decidí que también necesitaba mi tiempo, y me puse a hacer lo que más me gustaba. Me calzaba mis bambas y me iba a correr por la playa. A veces echo de menos mi vida de antes, que por muy simple que fuera me gustaba y además la compartía con los que quería y me querían. Últimamente no he tenido tiempo de estar con mi familia a causa de las diferentes tareas y también los echo

mucho de menos. Ahora que estamos en la plaza me he fijado que ha vuelto a disminuir la población. El que da el discurso ahora es el sucesor del alcalde, ya que este ha muerto debido a un fuerte resfriado. Nos comunica que cada año y medio es obligatorio hacer una reunión en la plaza, nos desea suerte y se despide con un homenaje al difunto alcalde.

Así pasan los años. Ahora hace ya cinco años de La Catástrofe. Mucha gente ha fallecido por diferentes enfermedades y muchos han decidido dejar de luchar voluntariamente. Nuestro grupo sigue en pie, y así seguirá hasta que todo vuelva a la normalidad. Pero, ¿qué era la normalidad? ¿Alguien se acuerda de cuando con solo darle a un interruptor teníamos luz, o de cuando levantabas el grifo y salía agua? No. Nadie recuerda ya esos tiempos. El sacrificio diario nos ha mantenido al margen de nuestros pensamientos, pero cuando cae la noche y todos nos dormimos, soñamos con el mundo que antes teníamos y que de un día para otro el universo nos arrebató.